



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.**

**S.M.I. Catedral de La Habana
8 de abril de 2011.**

**Quinta Catequesis
“María y Pentecostés”**

Hemos seguido el recorrido de la Virgen María en la historia de la salvación a partir de su unión a Cristo. El dato esencial de la carta a los Gálatas: *“Dios envió a su Hijo nacido de mujer”* y el dato de San Lucas: *“Envio al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret y el nombre de la Virgen era María”* nos dan ya a conocer que Jesús, nuestro



Salvador, es el Hijo de Dios nacido de una mujer que es María Virgen. María es la mujer a quien cupo el papel de dar realidad humana al Hijo de Dios. De este hecho fundamental parte la importancia singular de María en la acción salvífica de Dios en el mundo. Por medio de Ella llegó a nosotros el Salvador. Ella fue escogida por Dios para esta misión y de ahí derivan las demás acciones y presencias de María en la vida de Jesús y en la Iglesia. Y así no sólo hemos contemplado a María en el misterio de la Encarnación de su Hijo, sino en el nacimiento de Jesús, en la presentación del niño en el templo, en la huída a Egipto, en la búsqueda de Jesús que se

queda en el Templo a los doce años hablando con los doctores de la ley, en el comienzo de su vida pública en Caná, cuando cambia el agua en vino, y al pie de la cruz, cuando Jesús nos la entregó por Madre. Y todo esto lo hemos visto no anecdóticamente, sino según el significado profundo de cada una de estas acciones y presencias en nuestra fe cristiana. Veremos después a María en Pentecostés, donde ella aparece en la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles.

En la Resurrección.

Pero primero vino la Resurrección del Señor. ¿Por qué María no aparece en los relatos de la resurrección?

Este es un viejo tema que se lo han propuesto más los poetas y escritores que los teólogos. Así fray Luis de Granada describe ese encuentro (que él imagina) con palabras emocionadas. F.M. William un autor de la vida de Cristo dice que Jesús se apareció en primer lugar y por separado a su madre. Las razones: ella se lo merecía, María debía ser recompensada por su fe.

Son ideas hermosas pero discutibles, porque ante todo no hay rastro alguno de tal aparición en el texto bíblico. Además, las razones aducidas no son auténticas. Jamás adoptó Cristo con María la postura de “darle premios”. Por otra parte Jesús no se apareció por razones sentimentales. Lo hizo siempre por una de estas dos razones: o para robustecer la fe de sus discípulos o para confiarles una misión. Por ejemplo, cuando dice a Tomás: *“mete la mano en la huella de los clavos”* quiere fortalecer la fe de Tomás. Cuando dice a los discípulos en la primera aparición comunitaria donde Tomás no estaba: *“Vayan al mundo entero y prediquen el Evangelio”*. Ahí se trata de confiarles una misión. Pero María no tenía que ser robustecida en su fe. Desde el inicio de su maternidad divina su prima Isabel le dijo *“Dichosa tú que has creído”*. Y a los discípulos después de la Resurrección Jesús mismo les dijo. *“Dichosos los que crean sin haber visto”*. La primera de estos dichosos es María. Ella es la primera creyente, tuvo la fe siempre intacta. Su verdadero premio es no necesitar apariciones para creer. Jesús siempre estuvo vivo en su corazón. Cristo tenía una presencia permanente en el alma de su madre, como la tenemos nosotros al recibir la santa eucaristía. Sólo que Ella vive de modo vibrante por su fe esa presencia.

A María no había que confiarle una misión, ya Jesús se la había confiado desde lo alto de la cruz, cuando le dijo: *“Mujer, ahí tienes a tu hijo”* para encargarle velar con amor de Madre sobre los discípulos, y la hizo Madre de la Iglesia.

En Pentecostés.

¿Tenía María que recibir el Espíritu Santo como los apóstoles a quienes Jesús se lo había prometido?

María aparece en Pentecostés como Madre de los discípulos, según la misión que Jesús le había confiado, pues nadie como Ella había sido colmada por la efusión del Espíritu Santo en la concepción del Verbo de Dios.

Nos lo dice San Lucas en Lc 2, 35: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el niño que va a nacer será santo y llamado Hijo de Dios”*. Pero María estaba habitada por el Espíritu Santo desde antes de la concepción del Verbo. En efecto, María es la mujer escogida por Dios para ser la Madre del Salvador y para esto fue preservada del pecado, Ella es la Inmaculada desde su propia concepción. María vivía así en santidad. Ahora bien la santificación es siempre obra del Espíritu Santo en la persona humana. Cualquier misión que cumple por ejemplo, un profeta de la Antigua Alianza es porque está movido por el Espíritu Santo. Se le llama en este caso espíritu profético. Pablo dirá más tarde: nadie puede decir *“Jesús es el Señor, si el Espíritu Santo no lo anima”*. De hecho un no bautizado, un no creyente que llega a la conversión lo primero que experimentará en su corazón es ese movimiento hacia Dios que sólo el Espíritu Santo puede producir en su corazón para decir: *“Ahora creo: Jesús es el Señor”*. Pero en María esta presencia del Espíritu Santo desde el inicio de su vida la ha colmado; de ahí el saludo del Ángel *“Alégrate María, llena de gracia”*. La mención del Espíritu Santo en la Anunciación es considerada como el versículo que es vértice de ese relato: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti”*. El Espíritu que desciende sobre María no es simplemente el Espíritu Profético, sino *“la fuerza creadora que crea la vida de este niño único”* (como el Espíritu que se cernía sobre las aguas en la Creación del mundo). En Is 32, 15 se habla por primera vez en toda la literatura profética de una nueva creación: *“Hasta que en nosotros se derrame el Espíritu venido de lo alto”*. La segunda vez en que habla así la Biblia es en la

Anunciación (“*el Espíritu Santo vendrá sobre ti*”), y la tercera en los Hechos de los Apóstoles (Hch 1, 8) donde Jesús dice a sus discípulos: “*Recibirán la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre ustedes*”. Lucas es el autor de los dos textos (Evangelio y los Hechos de los Apóstoles) y sugiere una relación muy estrecha entre la Anunciación (su libro sobre Jesús, su Evangelio) y Pentecostés (su libro sobre la Iglesia, los Hechos).

Podemos preguntarnos: si María no tuvo necesidad de ver a Jesús resucitado no tenía tampoco por qué estar con los discípulos en la espera del Espíritu Santo, pues su vida estaba colmada por la presencia del Espíritu, pero leemos en los Hechos de los apóstoles que “*los apóstoles perseveraban en la oración con María, la Madre de Jesús*” (Hch 1, 14). María persevera unida a los apóstoles, cumpliendo ante todo su misión de madre de los discípulos, que Jesús le dio desde lo alto de la Cruz, pero además su presencia tiene un significado particular, pues San Lucas deja ver una analogía entre la bajada del Espíritu Santo sobre María en la Anunciación y sobre la Iglesia en Pentecostés.

Estos son los puntos de contacto entre los dos grandes acontecimientos:

Por una parte está María que en la Anunciación, alumbrada por el Espíritu en la intimidad de su propia persona, irrumpe en las montañas de Judea en casa de Isabel su prima para anunciar las cosas que el Poderoso ha realizado en Ella: “*Proclama mi alma la grandeza del Señor...*”

Por otra parte está la Iglesia apostólica de Jerusalén: corroborada por el vigor del Espíritu: Mientras estaban reunidos en la casa “*de repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban*”, (Hch 2-2), y se abren las puertas y la Iglesia irrumpe en las calles para proclamar públicamente las grandes obras del Señor (Hch 2,4-6-7-11-12). La iluminación del Espíritu permite tanto a María como a la Iglesia ser testigos proféticos de lo que Dios ha hecho por su pueblo.

En la Anunciación el Ángel había revelado a la Virgen que el niño que daría a luz por obra del Espíritu Santo reinaría eternamente en la Casa de Jacob (Lc 1, 31-33), su misión maternal respecto al rey-mesías implicaba por tanto unos vínculos especiales con ese nuevo pueblo de Dios que formaría parte del reinado de Jesús. Es el pueblo de Dios de la Nueva Alianza. Y así es, el día en que el Espíritu Santo en Pentecostés (Hch 1,8) suscita la Iglesia de Cristo como una asamblea de testigos, María se sienta entre los discípulos como “*Madre de Jesús*” (Hch1, 14; 21-4).

Lucas, que fue muy abundante en bellas frases para comunicar la vocación de María en el origen humano de Jesús, se contenta con un solo versículo para ella a la hora de describir la intervención del Espíritu Santo en el nacimiento de la Iglesia: “*Perseveraban juntos en la oración con María, la Madre de Jesús*”. Pero en ese renglón está todo. En efecto, las nuevas comunidades cristianas que iban naciendo, confrontando las enseñanzas y los dos libros de San Lucas en lo que respecta a la Madre de Jesús reconocerían lo que la Iglesia desde sus comienzos descubrió de sí misma: la Iglesia es un calco de María. Este será el tema de nuestra próxima catequesis.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original